

gión revelada (1). ¡Extraña conciliación del sentimiento religioso con el espíritu positivo! Es un expediente harto oportunista y convencional, y confieso que me gusta más el sistema que han tenido los escolásticos de conciliar la razón con la fe. Pero Kant no era en el fondo un *fideísta*, sino un *eticista*. Y así definía la religión de una manera moral (y no de la manera mística de los pietistas) como el conocimiento de nuestros deberes como preceptos divinos: *Die Erkenntniss aller unseren Pflichten als goettlicher Gebote*.

Como se ve, Kant llega á un resultado muy parecido al de Lessing en su filosofía de la religión. La religiosidad verdadera no es más que una forma superior de la moralidad individual, una extensión de la idea del deber. La moral: he aquí la raíz de todo el progreso religioso del espíritu humano. «Dormía y soñé que la vida era belleza; desperté y advertí que la vida es deber.» Kant ha podido atribuir á la moral exactamente la significación de una segunda conciencia que nos orienta y nos devuelve á la luz cuando la primera se oscurece y vacila. El sentido ético de la religión es para Kant un aliado del tacto seguro de la vida y de la dignidad de las costumbres. Todo lo que el hombre piensa poder hacer fuera de una conducta irreprochable para agradar á Dios, es «pura imaginación y culto falso» (2). Por este

(1) Heine, *De l'Allemagne*, I, 133.

(2) *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloe-ssen Vernunft*, IV, VI.

motivo, Kant llama lisonja indigna de la Divinidad el darle culto exterior, y muy especialmente el orarle. Aun como culto interior y formal, y por consiguiente como medio de gracia, *la plegaria es una ilusión, una superstición y un fetiquismo*, porque queda reducida á la expresión de un deseo formulado ante un Sér que no tiene necesidad de que le hablemos de nuestras necesidades para conocerlas. La religión es una obligación para con Dios que se sigue del conocimiento cierto, y el hombre que ora y que no sólo expresa sus deseos, sino que habla con Dios, es sospechoso de locura, porque gesticula como si estuviera convencido de la presencia de Dios, cuando ni siquiera de su existencia puede estar seguro. Hay más, y es que nuestros deberes morales no son tales deberes porque se funden en el mandamiento de Dios, sino que el mandamiento de Dios se funda en la conciencia directa de nuestros deberes. El último límite del progreso debe, pues, ser el predominio de la moral en todas las religiones humanas. Hay que creer que la moral acabará por ser única soberana ó hay que negar la verdad, lo cual equivale á negar á Dios. Si á esto se reduce la verdad religiosa, es positivo que el porvenir le pertenece.

En sentir de Kant, sería un grande y peligroso error confundir las manifestaciones parciales y limitadas del espíritu religioso con la religión propiamente dicha. La religión no es un hecho parcial, no se expresa por un signo exterior único; se halla esparcida por todas las religiones, y para encontrarla hace falta descartarla de las revelaciones positivas en que se

halla desnaturalizada. Por eso Kant (1) no quería, con razón, que se dijese de los partidarios de esas revelaciones que tienen una religión; tiene una fe, profesan tal ó cual creencia; pero sería hacerles demasiado honor decir que tienen una religión, porque la religión no reside en libros ó en ceremonias; posee su asiento en el alma y no existe más que en el hombre adornado de una moralidad trascendente digna de este nombre. Sólo el sér dotado de este sentimiento especial puede estar en íntima relación con la moralidad y ofrecerle un tributo verdadero de glorificación. Así lo entendió el cristianismo en sus días más puros; pero desde que fue, como todas las religiones, adulterado, se admitieron todos los errores y todas las inepticias del Antiguo Testamento, como la creación del mundo antes que la del sol, la reunión de todos los animales en el arca, etc.; de modo que, aun sin hablar de lo que algunos consideran como suplemento de los dogmas principales de esta religión, y sin salir de los términos del símbolo de Nicea, los hombres podrán seguir diciendo con los labios: «creo que Cristo subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre», sin que nadie pueda ya creerlo, porque esas palabras no tienen sentido. Por eso los hombres de nuestro tiempo que profesan el cristianismo desnaturalizado no creen realmente en nada. El concepto de una religión ideal, ó sea la moral pura como norma de la

(1) *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloe-ssen Vernunft*, III, v.

vida, es inasequible á los que no piensan, ni estudian, ni meditan, ni se elevan á la región serena de la abstracción. En realidad, no hay más que una religión (verdadera), aunque pueda haber varias clases de creencias. Y Kant añade que en la pluralidad de las iglesias, distintas unas de otras á causa de la diversidad de sus dogmas, puede reinar una sola y misma religión que sea la verdadera (1).

Sombría es la perspectiva que á la teodicea del deísmo ofrece el análisis de la razón pura; pero á Kant no le importa, con tal que sea verdadera. Ya en su juventud se había mostrado contrario á Wolf en cuestiones muy capitales, así de la psicología racional como de la teología natural. Por eso, cuando en 1758 pretendió la cátedra de lógica y metafísica de la Universidad de Koenigsberg, su antiguo maestro Schultz, wolfiano ortodoxo, tuvo más de una razón para permanecer indeciso, y acabó por consentir en que se diese esa cátedra á su rival. Schultz quería convencerse ante todo en lo que tocaba á la fe. Hizo llamar á Kant, y apenas hubo entrado en su cuarto, le preguntó: «¿Tenéis en vuestro corazón el temor de Dios?» Indudablemente, la pregunta tenía más trascendencia de lo que indica Borowski al suponer que fué sencillamente un medio para hacer que callara Kant (2). El criterio de éste era, en efecto, un criterio heterodoxo, pues según su

(1) *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloe-ssen Vernunft*, III, v.

(2) Kuno Fischer, *Kant's Leben*, IV.

concepto usual, repetidas veces confesado, el conocimiento de las verdades suprasensibles debe ser indeterminado, parco é hipotético. El hombre no puede elevarse á ese conocimiento por medio de la razón teórica; las ideas de Dios y de la simplicidad, libertad é inmortalidad del alma son simples postulados de la razón práctica: la religión se reduce á una hipótesis del ánimo fervoroso, compatible con la emancipación intelectual, sin duda, pero incompatible con el dogmatismo metafísico. La esencia de la religión entra de lleno en la esfera de la moralidad.

IX

...Pero esta vida fué notable, no tanto por sus incidentes, como por su dignidad y pureza filosóficas no interrumpidas (página 13).

El que Kant haya llegado á los cuarenta y siete años á ocupar una cátedra en propiedad, no es más extraño para el crítico de hoy que el que bastante posteriormente haya Fechner estado relegado al olvido, y Wundt, hasta los cuarenta y dos, en un laboratorio de Heidelberg (1). Pero, de cualquier modo, todos los rasgos característicos de Kant, que con el mayor cuida-

(1) Véase André, *La mentalidad alemana*, 155

do sigue Quincey hasta en sus pequeñeces, convergen á comprobar que es muy difícil escribir la historia de la vida de Kant, porque apenas si tuvo vida é historia. La vida de Kant carece de todo brillo exterior y nada presenta de sensacional, interesante ó sorprendente. Fué una existencia tranquila, inteligente, consagrada á la ciencia, llena de calma uniforme, destituida por completo de esa grandiosidad que seduce á la imaginación del vulgo. Vivió como célibe y con un tono bastante acentuado de filisteísmo, de una manera modesta, recatada, arregladita, personificándose en él el tipo del burgués (*buerguerlich*), en la clásica y sana acepción que la palabra tiene en Alemania. Heine (1) duda que el gran reloj de la catedral de Koenisberg haya cumplido su labor visible con menos pasión y más regularidad que su compatriota Kant. Levantarse, tomar el té, escribir, dar su cátedra, comer, pasear, todo tenía su hora fija, y los vecinos sabían con exactitud que eran las dos y media cuando Kant, con su frac gris y su junco de España en la mano, salía de su casa hacia la avenida de tilos, á la que, en recuerdo de él, se llamó después *Avenida del Filósofo*. Recorríala ocho veces todos los días, en cualquiera estación, y cuando el cielo estaba encapotado ó las nubes presagiaban agua, veíase á su criado Lampe, siguiéndole con aire vigilante é inquieto, con el paraguas bajo el brazo.

¡Qué contraste tan notable entre la vida ex-

(1) *De l'Allemagne*, I, 119.

terior de ese hombre y su vida interior! En verdad que si los buenos burgueses de Koenigsberg hubiesen presentado todo su alcance, habrían comprendido hasta qué punto el sentimiento de lo grande y de lo sublime, esa especie de sentimiento estético que Kant comprendió y describió mejor que ningún otro filósofo, florece acaso en las posiciones modestas y sencillas más fácilmente que en el ambiente de los honores mundanos, siempre que pueda percibirse un rincón del cielo. Pero aquellas buenas gentes no vieron nunca en Kant más que á un profesor, y (empleando las expresiones del humorista antes citado) «cuando á la tarde volvía del paseo, le saludaban amistosamente y ponían en hora sus relojes». No comprendían que de la profundidad de aquella vida exterior, silenciosa y sin relumbrón, habían surgido grandes pensamientos, destinados á revolucionar el conocimiento humano y á cubrir á su autor de gloria.

Otro contraste no menos notable y que Kuno Fischer (1) señala acertadamente, es el que se advierte entre Kant y los grandes filósofos del mundo. Recordemos, por ejemplo, á Bacon. Las más altas dignidades del Estado, los honores y las riquezas, las une ese primer fundador de la filosofía moderna á un amor desenfrenado por el fausto y la opulencia, que extravía al lord canciller, le arrastra á las acciones más vergonzosas y le atrae al fin una deshonrosa sentencia. Kant, que nunca quiso ser más que un pro-

(1) *Kant's Leben*, II.

feor de Universidad, siempre fué en ideas y conducta la sencillez misma, la probidad personificada. Su vida no ofrece nada tampoco de los terribles contrastes que consumieron la juventud de Descartes; no necesitaba de aquella agitación exterior, de los deseos frenéticos del movimiento y de los viajes, que tanto preocuparon al filósofo francés en la primera época de su vida y que no pocas veces le arrastraron á la extravagancia y á las aventuras. Reconcentrada en sí misma, la vida de Kant avanza con paso lento y seguro, con completa regularidad y con un recogimiento siempre creciente. Este carácter parece en todos sus rasgos formado para sólo encontrar su centro en sí propio, y ciertamente que tal debía ser el carácter de la filosofía del conocimiento de sí mismo. Y así como el espíritu en Kant, constantemente se dirige hacia este punto único, que fuera de él no puede encontrar, así también su vida exterior, quiero decir su vida local, obedece á la misma concentración. Está su vida adscrita en algún modo á la gleba. En este respecto puede compararse á Kant con Sócrates, sujeto en Atenas por la absorción en que el estudio de sí mismo le sumía. Ha vivido Kant cerca de ochenta años, y sólo salió de su provincia y pueblo natal durante el tiempo en que fué preceptor. Su vida, únicamente consagrada á la meditación filosófica, puede ser puesta al lado de la de Espinosa, aunque carece de las persecuciones violentas y terribles que hicieron de la vida del filósofo judío una soledad, un desierto, que le ha dado para siempre el sello de una grandeza trágica. Es verdad que no

estuvo la vida de Kant exenta de contrariedades ni de persecuciones; pero acaecieron tarde y fueron débiles, no obstante la maldad que las dictaba; nunca tampoco pudieron detener la ya cumplida obra ni causar á su autor peligros de importancia. Eso fué sólo un incidente enojoso, bien pronto alejado por circunstancias favorables, y cuyas peores consecuencias recayeron sobre los que de habían originado. Por último, comparada esa vida con la del primer filósofo alemán de los que precedieron al fundador de la filosofía crítica, con Leibnitz, no ofrece aquélla la general y múltiple actividad que desplegaba Leibnitz en todas las direcciones: nada de aquel brillo exterior, de aquellos honores mundanos que Leibnitz amaba, y nada, en fin, de la ambición que los hace buscar. A tan noble cualidad unía una hombría de bien á toda prueba y una pureza de costumbres sin igual. No obstante, su rigorismo no degeneraba en austeridad, pues miraba las conveniencias sociales, la buena educación y una conversación agradable, como partes integrantes de la moral, es decir, de la recta conducta.

X

... *Sacábanse principalmente de la filosofía de las ciencias, de la química, de la meteorología, de la historia natural* (página 23).

Repetidas veces se insiste en el texto y en las notas sobre lo extremadamente arreglada que era la vida de Kant. El tiempo constituía

su principal fortuna (*time is money*), y lo administraba como su dinero, con la mayor prudencia y parsimonia. Su sueño tenía una duración fija. A las diez en punto se acostaba y á las cinco menos cuarto se levantaba, para estar á las cinco en su gabinete, donde preparaba su trabajo, tomaba una taza de té y fumaba una pipa. Gustaba á Kant oír decir á su criado que por espacio de treinta años nunca había dejado de levantarse á la misma hora. Después de haber trabajado hasta las siete, bajaba á dar sus lecciones hasta las nueve, hora en que se entregaba á sus profundos estudios y á despachar su correo, que procuraba siempre disminuir, porque le gustaba más recibir cartas que escribirlas. A las doce y tres cuartos se vestía para esperar visitas, que tenía diariamente. Su mesa era frugal, pero abundante y delicada: no comía más que una vez al día y nunca bebió vino puro. Los miércoles daba gran reunión, á la que concurrían las personas más distinguidas de ambos sexos á gustar los encantos de su talento y de su conversación, cuyo objeto constituían de ordinario las últimas novedades en la ciencia de la naturaleza y en la política. Todo lo que era Kant como hombre, lo fué también como ciudadano.

Cualquiera calculará que, siendo tan exacto en todo, no faltaría nunca á las cátedras y cursos de que estaba encargado. Los hacía en dos horas diarias, como en general acostumbraba en la distribución del tiempo. Cuatro veces por semana daba sus lecciones de siete á nueve de la mañana, como se dijo, y además el sábado, de siete á ocho, las repeticiones. Nunca dejó

de ser puntual. Jachmann asegura que, en los nueve años que estuvo oyendo á Kant, no se acuerda de una sola vez que faltara á la cátedra ni que se hiciese esperar un cuarto de hora. Sin libros, sólo con notas muy sencillas, hablaba siempre de un modo conciso y claro y á veces con númen y vigor poéticos, que debía al cultivo de las bellas letras en su juventud. Prefería entre los poetas alemanes á Klopstock y más aún á Wieland, gustaba mucho de Pope, y entre los prosistas eran sus favoritos Hume, Gibbon, Robertson, Rousseau y Montesquieu. La lógica, la metafísica, la moral, la geografía y la física formaban la base de sus lecciones, y todos sus esfuerzos se dirigían á propagar los principios morales, que inculcaba con las dotes oratorias más perfectas. Ya oímos á Herder sobre este punto. Fichte no le hizo coro. He aquí lo que escribió en su diario: «El 23 de Junio partí para Koenisberg con un cochero de dicha ciudad, y llegué á la misma el 1 de Julio, sin haberme ocurrido ningún incidente notable. El 4 hice una visita á Kant, que no me recibió con particular distinción por cierto. Asistí como extranjero á su aula, y mis esperanzas quedaron defraudadas, pues su manera de explicar es soportifera...» Tal vez influyera en esta impresión lo poco favorable de la acogida que le había hecho Kant. O bien había llegado á Koenisberg con una idea tan exagerada de Kant, que el personaje real no correspondía á ella. Como quiera, Kant llegó á ser célebre con sus magistrales obras. Los mejores espíritus del siglo se entusiasmaron por su labor genial y por su concep-

ción ideal de los fines de la vida. De lejanas comarcas se iba en peregrinación á verle, y muchos se dirigían á él para consultarle sobre cuestiones de moral. Profesaba á sus discípulos paternal afecto y no concebía sin libertad el saber y el estudio. Sus lecciones eran seguidas por las personas de más alta inteligencia, y de su escuela salieron Abicht, Ammon, Fichte, Fries, Hegel, Herder, Jacobi, Kiesametter, Maimón, Schelling, Schiller, Schulze, Schund, Wegscheider y tantos otros sabios ilustres.

XI

... Aguda era su penetración interior de los acontecimientos políticos y de la policía secreta que los movía (página 23).

Aunque Kant vivió toda su vida en la Prusia Oriental, observaba con interés todo lo que pasaba, tanto en el mundo físico como en el mundo humano. Los relatos de viajes eran su lectura favorita, la geografía física jugó siempre gran papel en su actividad pedagógica, y seguía atentamente los progresos de las ciencias naturales. Sus opiniones políticas fueron en parte determinadas por los sucesos que presenció, y de ello derivan los muchos cambios que sufrieron. Kant tenía gran antipatía á Inglaterra y á las guerras que provocaba, y lo que particularmente excitaba su curiosidad eran las reformas políticas, basadas en ideas de jus-

ticia, por cuanto plasmaban en hechos concretos los adelantos que el género humano hacía en materia moral. La declaración de independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa despertaron su entusiasmo, y veía un buen síntoma en la impresión que Europa experimentaba ante tamañas mutaciones del escenario social. Sus mayores simpatías eran para el Estado de Federico el Grande, que conducía el Gobierno con mano vigorosa á la vez que dejaba al pensamiento producirse con libertad plena.

XII

... Colocábase en invierno cerca de la estufa, mirando por la ventana la vieja torre de Loeb-nicht (página 28).

El efecto producido por los álamos de un vecino, que le ocultaban la vista de esa torre (detalle que Quincey toma de Wasianski), no fué el único de los obstáculos ó molestias que perturbaron á Kant durante su vida. Kuno Fischer (1) refiere que, además de la independencia personal que había menester, necesitaba también Kant una tranquilidad suma. Para que la habitación le fuera agradable, tenía que ser lo más silenciosa posible. Mas como esta condi-

(1) *Kant's Leben*, VIII.

ción era difícil satisfacerla en una ciudad como Koenisberg, cambiaba frecuentemente de casa. La que tomó en las proximidades del Pregel estaba expuesta al bullicio de los buques y de las carretas polacas. Una vez se mudó de casa porque cantaba demasiado el gallo de un vecino; intentó primero comprárselo, y no consiguiéndolo, resolvió abandonar su habitación. Por último, compró una casa modesta cerca de los fosos del castillo. Pero aquí tampoco se vió libre de molestias desagradables. Próxima á su casa estaba la prisión de la ciudad, en donde hacían cantar á los presos ritos religiosos, á fin de mejorarlos y corregirlos, y que iban á parar, cuando abrían las ventanas, á los mismos oídos de Kant. Contrariado en extremo por estas interrupciones, que él llamaba «un aburrimiento», escribió (9 Julio 1784) á su amigo Hippel, alcalde mayor de la ciudad y al propio tiempo inspector de la prisión, la siguiente carta, que textualmente reproduzco, y que expresa como nada el estado de ánimo de nuestro filósofo en aquellos momentos: «Os suplico que libréis á los moradores de esta vecindad de las oraciones estentóreas que hipócritamente entonan los que en la cárcel se encuentran. No digo yo que carezcan de motivo y de causa para quejarse, mas tampoco creo que la salud de su alma corra peligro porque canten un poco más bajo, ni que no puedan oírse ellos mismos teniendo cerradas las ventanas. Si lo que buscan es un certificado del carcelero en que conste que son gentes temerosas de Dios, paréceme que no necesitan armar ese escándalo

para que El les oiga, pues, si bien se mira, podrían rezar en el mismo tono en que rezan en su casa los que son verdaderamente religiosos. Una palabra vuestra al carcelero, si os dignáis darle como regla lo que acabo de deciros, pondría para siempre término á este desorden y aliviaría de una gran molestia á aquel por cuya tranquilidad os habéis incomodado tantas veces.» Mas no fué tan sólo el canto de los presos lo que interrumpía su tranquilidad. Oíanse frecuentemente en la vecindad músicas de baile, que hacían perder á nuestro filósofo el tiempo y el buen humor, lo que tal vez contribuyó no poco á producirle la aversión que sentía por la música, que llegó á llamar «un arte importuno». Hasta en sus escritos estéticos se observa, un tanto velado, el mal efecto que le producían tales perturbaciones. Y ello nada ó poco tiene de extraño en quien, al decir de uno de sus biógrafos, pasó su vida siempre lo mismo, como el más regular de los verbos.

XIII

... Contribuyó con la uniformidad de su régimen y otros hábitos de regularidad, á prolongar su vida (página 36).

Como Kant era de temperamento débil y de salud poco robusta, se dedicó á remediar estas faltas con una existencia activa y ordenada, componiendo para su uso un tratado de higiene

que dió origen más adelante á su famosa obra de *Anthropologie* y que incluyó en su *Streite der Fakultäten* en 1798. Este escrito, que dedicó á Hufeland, el autor de la *Makrobiotik* (ó arte de prolongar la vida), y que se hizo popularísimo en Alemania por lo numeroso de las ediciones, versa sobre el poder que tiene el espíritu para dominar sus impresiones enfermizas por medio de la voluntad.

La severa gravedad de la ética de Kant dejó huellas indelebles en el régimen de su vida. Ya notaron esto sus contemporáneos. Schiller escribía á Goethe el 12 de Diciembre de 1798: «En Kant, hay siempre algo que recuerda al monje, como en Lutero: aunque ventiló su monasterio, no pudo nunca borrar las señales.» Esto es cierto hasta por la consideración de su estado civil y de su independencia personal. Kant se bastaba á sí propio en el interior de su casa, y no tuvo inclinación á la vida entre dos. A sí lo dan á entender estas palabras de Kuno Fischer (1): «Realmente, el círculo uniforme de su vida no podía tener otro centro que él. He aquí la razón de que permaneciera soltero. El matrimonio no podía penetrar en el orden de su vida. Su amor exclusivo á la independencia le retenía célibe. Además, las inclinaciones que impulsan al matrimonio no fueron tan vivas en él que causaran á su estado de soltería grandes privaciones. No había en su vida hueco alguno que el matrimonio pudiera llenar. Y á medida que avanzaba en edad se arraiga-

(1) *Kant's Leben*, VIII.

ban más sus costumbres, y el sistema de vida que había seguido era incompatible con el régimen conyugal. Pretenden sus biógrafos que en edad muy avanzada estuvo dos veces á punto de casarse, pero que le faltó valor en el momento oportuno: esto prueba que no había tomado en serio la cosa. Estaba conforme con San Pablo sobre el matrimonio: casarse es bueno, no casarse, mejor, y hacía, además, referencia al juicio de una mujer muy inteligente que le había repetido muy á menudo: *Si te va bien, quédate así*. Mas no debe por esto creerse que fuera insensible ó contrario á las mujeres, porque no era lo uno ni lo otro, antes bien, gustaba en extremo de su trato, y dícese que se mostraba con ellas sumamente amable y atento. Eso sí, no habían de ser eruditas ni debía versar la conversación sobre puntos que traspasaran los límites prescritos en la buena sociedad. Le impresionaban vivamente las gracias y encantos que da á la sociedad la mujer, pero también es verdad que no sintió mucho que le fuera indispensable en su vida íntima esta bella mitad del género humano. Su falta no le causó tampoco enojo alguno. No dejaron de hablarle de ello sus amigos y hasta de aconsejarle; pero siempre permaneció sordo á sus deseos, aunque los recibiera con benevolencia. Aun teniendo sesenta y nueve años, un pastor de Koenisberg le instó á que se casara y hasta le llevó en hora no acostumbrada un escrito que con este objeto había publicado: *Rafael y Tobías ó el diálogo de dos amigos sobre el matrimonio agradable á Dios*. Kant indemnizó á este buen hombre de los

gastos que había hecho, y refería frecuentemente, de muy buen humor, esta conversación edificante. El matrimonio es una de esas condiciones que sólo pueden ser conocidas practicándolas, y cómo Kant no se sometió nunca á ese régimen, permaneció oculta para él la dicha y la dulzura que en esta vida común existe. El lo consideraba como una relación externa de derecho, en la cual los contrayentes no son el uno para el otro más que un medio y no un fin, y (lo que es todavía más característico para su manera de considerar esto) hallaba la parte útil del matrimonio en condiciones económicas, es decir, en el concurso que una mujer rica da á la independencia de su marido. Asegurada esta relación económica y la mutua benevolencia, parecía el matrimonio realmente feliz y racional, por la sencilla causa de que estaba fundado en principios sólidos de la razón. Estos matrimonios de razón eran los que frecuentemente aconsejaba á sus amigos jóvenes, y á veces los instaba vivamente, llegando el caso de disgustarse, si notaba que la pasión tenía entrada en sus propósitos. No es posible pensar nada más prosaico, vulgar, común, y en el sentir de algunos hombres, más práctico sobre el matrimonio, que lo que pensaba Kant, quien carecía por completo de sentido para comprender su parte poética y sentimental. Falta es ésta que sólo podemos perdonar al filósofo achacándosela al solterón. En algunos de sus héroes, parece que es la filosofía poco favorable al matrimonio. Descartes y Hobbes, Espinosa y Leibnitz fueron también célibes.»

Borowski (1) relata por menudo los medios de que se servía Kant para evitar la hipocondría. La compresión de su pecho era un estado que no podía remediar con facilidad, pero él se ingenió de mil maneras para conservar la calma y el buen humor, llevando su atención con energía de una idea á otra, de una sensación á otra, de una inhibición á otra, y contrabalanceando la perturbadora influencia de las palpitaciones y afecciones cardíacas por influencias voluntarias y libres. De esta suerte consiguió también dominar los padecimientos de la gota, que en sus últimos años llegaban á quitarle el sueño. Hasta ser sorprendido por éste elegía un asunto cualquiera de reflexión, que no fuera muy excitante, y daba á su espíritu determinada dirección, que cuidadosamente seguía. Su método higiénico alcanzaba desde la manera de esforzarse en impedir la irritación que le producía el toser hasta la medida y la naturaleza de las comidas y las bebidas. Cuando trabajaba en su gabinete tenía la inquebrantable costumbre de colocar su pañuelo en una silla muy distante de él, con el objeto de levantarse cada vez que le fuera necesario y no permanecer mucho tiempo inmóvil en su asiento.

Por pueriles que parezcan estos cuidados, no se debe juzgar á nuestro filósofo de una manera inconveniente. Kuno Fischer (2) observa, con razón, acerca de tan peregrinos métodos terapéuticos: «Estaba muy lejos Kant de amar de-

(1) *Darstellung des Lebens und Characters Kant*, 113.

(2) *Kant's Leben*, VIII.

masiado la vida y de temer la muerte. Cuidaba de su cuerpo como se cuida de un instrumento que se desea mantener el mayor tiempo posible en buen estado de servicio. Poco había hecho la naturaleza por su salud, pero él la hizo su obra predilecta, y no hay que extrañar que sintiera por ella el afecto del autor, que no la olvidara un solo momento, que fuera preferentemente su tema de conversación y que gozara, lleno de satisfacción, al ver coronados por el éxito sus cuidados. Su salud era para él un experimento. Y todo el celo con que la atendía es el que se aplica siempre á todo experimento que se quiere lograr. Pensaba hasta en la duración de su vida según las mayores probabilidades, y leía minuciosamente la estadística de la mortandad de Koenisberg, que pedía al jefe de policía.»

XIV

...*Evidentemente saciado del placer y de la expedición* (página 65).

Lo que tanto aquí como en la página 73 refiere Quincey, más que tomado de Wasianski, parece inspirado en el siguiente pasaje de Jachmann: «Una vez, volvía Kant de su paseo habitual, y en el momento de entrar en su calle encontró á cierto conde que por la misma calle iba. El conde, hombre muy atento, detuvo al punto su carruaje, bajóse de él é invitó á nuestro filó-

sofo á dar un paseo. Kant, sin reflexionar y cediendo al primer impulso de la urbanidad, aceptó y subió al coche. Los briosos movimientos del fogoso corcel y las voces del conde le hicieron bien pronto amohinarse, á pesar de la seguridad que el último le daba de su pericia hípica. Fueron primero á visitar algunas fincas inmediatas á la ciudad; propuso después el conde una visita á un amigo que de allí distaba una legua corta, y Kant, por cortesía, no tuvo más remedio que decir: *Concedo totum*. Finalmente, y en desarmonía con todas sus costumbres, llegó á su casa á las diez, incómodo y disgustado. Con este motivo tomó por máxima no subir jamás á un coche que él no hubiera alquilado y del cual no pudiera disponer á su antojo, así como no dejarse convidar por nadie. Y cada máxima que para sí establecía era él mismo, y nadie hubiera sido capaz de hacerle desistir de ella.»

XV

... A la vez que expresan la conciencia que debía tener del valor del dinero, realzan infinitamente el mérito de su generosidad (página 86).

En la época de Kant, no estaban los catedráticos de Universidad tan bien retribuidos como lo están hoy en Alemania, y sus sueldos apenas correspondían á las necesidades sociales que

trae consigo la posición social del cargo académico. Amén de esto, ya se ha visto los muchos años que Kant tardó en llegar á ser *ordinarius*. Pero gracias á su economía (que constituía una verdadera virtud, tan distante, según la ética de Aristóteles, de la prodigalidad como de la avaricia), no sólo logró vivir con decoro, sino que pudo sostener á sus parientes pobres por medio de pensiones moderadas, y al morir les legó una fortuna bastante considerable para la época. He aquí lo que Jachmann dice: «Aquel grande hombre aspiró desde su juventud á librarse de toda dependencia, á fin de poder vivir para sí y para su deber. Hallaba en esa independencia la base de toda la felicidad de su vida, y ya en edad avanzada aseguraba que había sido mucho más feliz privándose de un cosa que gozándola á expensas de otro. Cuando era profesor, estaba tan gastado su único traje, que algunos amigos creyeron que debían someter á su juicio, con la mayor discreción posible, el deseo que tenían de comprarle uno nuevo. Kant se regocijaba todavía en su vejez al recordar la fuerza con que rehusó aquel ofrecimiento, y llevó una levita vieja, aunque limpia, por no soportar el peso de una deuda. Consideraba como uno de los mayores bienes de su vida no haber debido un céntimo á nadie, y decía frecuentemente: *Cuando á mi puerta llamaban, siempre pude responder con pecho sereno y tranquilo: ¡Adelante!, porque estaba seguro de no ver nunca delante de mí á un acreedor.*»

En punto á posición económica, Kant no tuvo mucho que envidiar á su célebre discípulo Fich-

te. El encuentro de estos dos grandes hombres es interesante por todos conceptos, y creo que la mejor manera de dar una idea exacta del modo de ser y de la situación de ambos es reproducir fragmentos del diario de Fichte, conservado en una biografía publicada por su hijo y citada por Heine (1): «Desde hacía mucho tiempo deseaba tener con Kant una entrevista seria y no sabía qué camino tomar. Al fin formé la idea de escribir un *Versuch einer Kritik aller Offenbarung* y presentárselo como carta de recomendación. Empecé aproximadamente hacia el 13 de Julio, y desde entonces trabajé sin descanso... Por fin, el 18 de Agosto envié á Kant mi trabajo terminado, y fui á su casa el 26 para conocer su opinión. Me ha recibido con particular bondad y se mostró muy satisfecho de mi tratado. No hemos tenido una verdadera conversación filosófica. Por lo que concierne á mis dudas filosóficas, me ha remitido á su *Kritik der reinen Vernunft* y al predicador áulico Schultz, al que voy á ver en seguida. El 26 he comido en casa de Kant con el profesor Lommer, y he hallado que Kant es un hombre muy ingenioso y muy amable. Desde ese día únicamente he reconocido en él los rasgos dignos del gran talento de que están impregnados sus escritos. El 27 terminé este diario, después de hacer extractos del curso de Kant sobre antropología, que me prestó M. de L. Tomo al mismo tiempo la resolución de continuar regularmente este diario todas las noches antes de

(1) *De l'Allemagne*, I, 141, 146.

acostarme y consignar en él todo lo que encuentre de interesante. El 28 por la noche he comenzado á releer mi *Versuch*. Por desgracia, los pensamientos y las ideas verdaderamente buenos que se me ocurren, me han convencido de que mi primer trabajo es muy superficial. He querido llevar hoy más lejos ese examen, pero mi imaginación se ha distraído de tal manera que no he podido hacer nada en todo el día. Esto no es extraño, por desgracia, en mi posición actual. He calculado que no me quedan medios de subsistencia más que para catorce días. Verdad que ya me he encontrado otras veces en apuros semejantes; pero era en mi patria, y además, al aumentar en edad y en delicados sentimientos del honor, esta situación se hace muy dura... No he tomado, ni puedo tomar, resolución alguna. No me confiaré al pastor Borowski, al cual me ha dirigido Kant: si me confío á alguien ha de ser al mismo Kant, pero á ningún otro... El 29 fui á casa de Borowski, que es un hombre verdaderamente bueno y respetable. Me ha propuesto una colocación que, además de no estar todavía muy segura, no me agrada mucho. Y sin embargo, sus maneras francas y leales me han arrancado la confesión de que me corría mucha prisa el encontrar trabajo. Me ha aconsejado que vaya á ver al profesor W. Hoy no he podido trabajar... Al día siguiente fui, en efecto, á casa de W. y en seguida á la del predicador áulico Schultz. Las impresiones del primero son poco favorables; sin embargo, me ha hablado de un puesto de preceptor en Curlandia, que únicamente aceptaré apremiado por la necesidad. En casa del

predicador áulico fué recibido al principio por su mujer. Después apareció él, pero encerrado en círculos matemáticos. Sin embargo, cuando oyó con más claridad mi nombre, la recomendación de Kant le hizo más expresivo. Es un tipo prusiano anguloso, pero sus rasgos respiran bondad y lealtad. He conocido en su casa á Brocunlich, al conde de Daenhof, á Buttner, sobrino del predicador, y á un joven sabio de Nuremberg, Ehrhard, excelente muchacho, pero desconocedor del mundo... El 1 de Septiembre tomé una firme resolución, que he querido comunicar á Kant. Aunque me costara mucho trabajo aceptarlo, el caso es que ni un preceptor se presenta; la incertidumbre de mi situación me impide, por otra parte, trabajar con el espíritu libre y aprovechar las instructivas relaciones de mis amigos. Es, pues, necesario que regrese á mi patria. Yo hubiera podido tal vez procurarme, por medio de Kant, el dinero que para ello necesito; pero al ir á su casa para descubrirle mi situación me ha faltado el valor. He tomado el partido de escribirle. Por la noche me han invitado á casa del predicador áulico, donde pasé una velada muy agradable. El 2 acabé la carta para Kant y se la he enviado.» Por muy notable que sea esa carta, Heine no se resolvió á trasladarla al francés. «Creo (dice) que me ruborizaría; pareceríame revelar delante de los extranjeros los más poderosos sufrimientos de la familia. A despecho de mis esfuerzos para llegar á la urbanidad francesa, á pesar de mi cosmopolitismo filosófico, siempre va conmigo la vieja Alemania con todos los sentimientos de filisteo... En

fin, no puedo transcribir esa carta y me limito á decir que Kant era tan pobre que, á pesar del tono conmovedor, desgarrador, de aquel escrito, no pudo prestar dinero á Fichte.» Pero éste no se molestó lo más mínimo, como se ve por las palabras de ese diario que vamos á seguir copiando: «El 3 de Septiembre he sido invitado á comer en casa de Kant. Me recibió con su acostumbrada cordialidad, pero me dijo que no había podido tomar ninguna resolución respecto de mi carta, pues no se encontraba en estado de poder complacerme hasta dentro de quince días; ¿Qué franqueza tan amable! Además, me ha presentado, acerca de mis designios, dificultades que prueban que conoce bastante nuestra posición en Sajonia. No he hecho nada en todos estos días; sin embargo, voy á ponerme á trabajar y dejar lo demás á la gracia de Dios... El 6 he sido invitado á comer á casa de Kant, quien me ha propuesto vender al librero Hartung, por intermedio del pastor Borowski, el manuscrito de mi *Versuch*. Está bien escrito, me ha dicho cuando he hablado de rehacerlo... ¿Es esto verdad? Sin embargo, ¿Kant lo ha dicho! Por lo demás, ha declinado el objeto de mi primera petición. El 10 he comido en casa de Kant. Nada hablamos de nuestro asunto: allí estaba Geusinchen. Hemos tenido una conversación general, interesante casi siempre. Por lo demás, Kant sigue siendo el mismo para mí... El 13, hoy, he querido trabajar y no he hecho nada. Me abrumba la inquietud. ¿Cómo acabará esto? ¿Qué será de mí dentro de ocho días? Para entonces habré agotado todo mi dinero.» Después de vagar á la ventura, tras larga estan-

cia en Suiza, Fichte encontró, por fin, en Jena un empleo, y desde entonces puede decirse que comenzó á producir.

XVI

...Dijo de manera que fué capaz de comprender: «Basta» (página 100).

Quincey afirma que en la noche del 11 al 12 de Febrero de 1804, al tomar una cucharada de cierta bebida, Kant dijo: «Basta». Otros biógrafos suponen que dijo: «Está bien». Como quiera, una ú otras palabras, ellas fueron las últimas que Kant pronunció. Algunas horas después se colocó en su lecho en la actitud de un hombre que se prepara á un acto solemne. A poco cubrió su rostro la palidez de la muerte, y al mediodía Kant había dejado de existir.

FIN

INDICE

	Páginas.
PROLOGO DEL TRADUCTOR.....	5
I.—Preludio biográfico.....	9
II.—Relaciones con el profesor.....	17
III.—Sus horas.....	27
IV.—Decadencia cerebral del filósofo.....	39
V.—Lampe.....	49
VI.—Enfermedad estomacal.....	63
VII.—Idiotéz definitiva.....	71
VIII.—Muerte del pensador de Koenisberg.....	81
NOTAS DEL TRADUCTOR.....	105